

Stéfano: hacia una poética de la memoria

“Vuelve esta memoria que no acaba...

Vuelve como el agua, y te moja, y me moja...”

Hay en estas palabras un fuerte dejo nostálgico, un resabio a mar en la boca, ese sabor amargo que nos queda luego de haber llorado largo rato y recién comenzamos a darnos cuenta de que luego de tanto doler estamos en el mismo lugar y justo ahí, vuelve otra vez el río de llanto. Hay también en esta novela la fuerza nacida de la voluntad, esa fuerza que, al igual que la distancia, seguro acompañó por siempre la vida de nuestros antepasados europeos; esa fuerza que los hizo sobrevivir dos guerras, el desarraigo e incontables hambrunas, que los hizo perder la madre tierra y su lengua madre, esa fuerza que pese a todo les hizo construir gran parte de nuestro país y a muchas generaciones les dio un futuro y un pasado construido en el rito de la tradición, un destino en América madre y miles de historias que cantar y contar.

Maria Teresa Andruetto logró escribir la vida de su padre y la de tantos padres y abuelos italianos, su libro embellece la literatura, hace que den ganas de leer hasta que duelan los ojos y revienten los capítulos de este librito lleno de poesía.

Se puede decir que esta obra de María Teresa —aquí este libro es la parte que vale por el todo— está construida con un lenguaje metafórico, evocador, figurativo, que deshace la palabra real, la palabra-diccionario, para darle vida desde su tumba encuadrada. Vale aclarar que la palabra real sería aquella que se juega el significado día a día en su uso, esa que se forma para describir mundos posibles a partir de una imaginación desbarrancada. Esta autora juega, como poeta, con la economía de las palabras y logra condensar en pequeños racimos de vocablos, un perfumado universo de significaciones.

Para explicar esto último basta con ver los fragmentos en que Stefano le narra a Ema su pasado —en dichos fragmentos se centrará esta lectura— :

“Desde que mi padre murió, no hizo otra cosa que
arrastrar ese carro.

Todos los días el carro.

El carro Ema, y el grito de ella:

¡Stefanin! ¡Stefanin!

Tenía la cara huesuda y los ojos de brea.

Y murió de Tisis.” (Stefano, p. 18)¹

Podemos ver en esta cita algunas características de la poética de la autora. Hay aquí un uso de la anáfora y de la epífora -la repetición de algunas palabras, en este caso la palabra *carro*- que le da al pasaje cierto ritmo cansado.

Hay también en este fragmento una elipsis: se elide el verbo arrastrar. A su vez la repetición de la acción (“arrastraba el carro”) se multiplica con la repetición de las figuras. El carro arrastrado con dejadez parece indicar una vida llevada con pesares, con cansancio, con desaliento. También, guiándonos por lo que sigue en el texto, la omisión del verbo puede querer señalar que ella siempre lo llamaba, arrastraba su nombre rogándole que se quedara, que por favor no se fuera porque “nadie regresa para contar”.

Al final de este pasaje aparece una metáfora: “ojos de brea”, para sugerir cómo se veían los tristes ojos negros de la madre de Stefano. Vale destacar que los ojos de su madre lo perseguirán a lo largo de toda la obra, los ojos de su madre y sus mudas palabras.

En todo el pasaje Andruetto hace que Stefano se repita y muestre en esta repetición aquella impotencia, para terminar diciendo en dos oraciones, como dos versos, la terrible muerte de Agnese, su madre. En “tenía la cara huesuda y los ojos de brea” Stefano puede expresar con un adjetivo y con una metáfora el estado de esta madre lejana al momento de su partida. Otra cosa que aparece a lo largo de toda la novela es la culpa de nuestro personaje por haberla abandonado. Esto explica también esa dificultad para contar su historia. Narración que logra decir ya adulto, al encontrarse en el hogar hecho de calor y con los brazos de su compañera y aún, profundamente dolido, no poder contar y en pocas palabras apenas llegar a decirle a Ema, de una vez y para siempre: “Y murió de Tisis”. Es como si Stefano no pudiera explicar más porque eso sería quebrar su corazón que se creía de piedra, como los duros y tristes ojos de Agnese. Pero Andruetto pone en boca de Stefano esas terribles palabras de forma clara, precisa y definitiva como la propia muerte.

“... Y porque sólo nos quedó esa vaca, hacía frío en
la casa.

Aquí junto a la estufa, el recuerdo de aquel frío es más intenso, Ema.

Le pregunté: ¿Haremos fuego hoy?

¹ Andruetto, María Teresa (2004). *Stefano*, Buenos Aires, Sudamericana.

Pero ella dijo: **No**.

¿Por qué no?, le pregunté.

Aún no es invierno, dijo.

Ella temblaba cuando lo dijo.” (Stefano, p. 18)

Aquí se ve claramente el uso de las figuras de repetición y el ritmo que se genera es como un vaivén, un oleaje, como el ir y venir de las mareas del tiempo que le traen a Stefano recuerdos de tierras lejanas a la memoria. Tierras de un pueblo callado y trabajado como la misma tierra que Agnese araba una y otra vez. Parecería que la poesía y la figuración serían más apropiadas para contar el recuerdo o los sueños.

Esta maravillosa escritora nos cuenta al final del libro que hay semejanzas entre Stefano y el partisano del norte de Italia que fue su padre. Nos habla de la rudeza de esos hombres provenientes de un lugar árido y desolado donde las personas adquirían las cualidades del ambiente, y lo mismo ocurre con su dialecto cerrado. Si los hombres de ese lugar eran así también deberían serlo las mujeres. Con estas cualidades aparece descrita la madre de Stefano, siempre callando el dolor, callando el hambre pero nunca pudiendo dejar esa tierra que los estaba matando. En un poema de *Kodak*², donde la autora nos regala instantáneas de su pasado, el yo poético cuenta que acompañó a una mujer (¿su madre, su abuela, su hermana?) a comprar ropa y dice de ella: “(...) y después tu corazón como una piedra, fuerte y fatal como una piedra.” (2008:47). En estas palabras no se puede dejar de leer una semejanza entre la voz de Stefano y la voz de quien habla en el poema. Es como si ambas voces estuvieran describiendo a la misma persona. El corazón de piedra podría ser el de Agnese. No se puede pasar por alto la rudeza de este personaje, quien viste una piel rústica que sin duda se habría puesto para darle fuerza al hijo y para sobrevivir. La mujer del poema en cambio viste una blusa alegre, proviene de otro tiempo, no pasa hambre, pero hay algo en esos versos que parece indicar una complicidad entre estas dos mujeres, un dolor oculto que también las une, por eso la necesidad de vestir la alegría con forma de blusa. Se puede ver en ambas una profunda ternura. En una ésta se expresa a través del apego por su tierra y por su gente. En la otra en ese gesto simple de probarse una prenda para quitarse el dolor como si fuera un trapo gastado. Aunque no fueran la misma mujer sin duda hay en ambas un mismo tipo de sentir, una misma forma de amar, una misma herencia, dos mujeres no tan distintas, dos tiempos no tan dispares.

² Andruetto, María Teresa (2008). *Pavese/Kodak*, Buenos Aires, Ediciones del Dock.

Otra cuestión a destacar, relacionada con estas repeticiones, es la evocación constante a Ema. Stefano la interpela, la llama por su nombre (y el lector debe imaginar quién es ella: ¿su nieta, su hija, su mujer?) porque es su interlocutora o su narrataria y para confirmar desde qué lugar y en qué momento se está contando la historia. Porque en este presente de la narración se mezcla otro presente que es el del pasado. Este juego con el tiempo que elige Andruetto refuerza la idea de que los tiempos que creemos lejanos o pretéritos vuelven y nos mojan, humectando o salando la piel del recuerdo. Es interesante cómo estos pasajes, en los que Stefano asume el rol de narrador, se intercalan con otra voz que narra el viaje y los primeros pasos del personaje por la vida adulta y por una Argentina de principios del siglo XX. Con respecto a estos primeros pasos podemos hacer un paréntesis y hablar de esta novela como una variante de la novela de desarrollo, del tipo realista, planteada por Bajtín³. En ella el héroe se presenta como algo variable que cambia porque está inmerso en el tiempo y en la historia. Como explica este autor “se están cambiando precisamente los fundamentos del mundo, y el hombre es forzado a transformarse con ellos”. (2008:211). El mundo europeo está sufriendo las consecuencias de la primera guerra mundial, la hambruna arrasa con todo, muchos inmigrantes vienen a América en busca de un futuro para ellos y para sus familias. Todo el mundo se moderniza, Argentina está en el proceso de integración de estos inmigrantes para generar el ser nacional. Ellos traen de Europa sus oficios, su trabajo, su cultura, su fuerza. En este contexto nuestro héroe se forma como adulto, porque el que se va de Italia era apenas un niño, pero el viaje lo hará un hombre formado y moldeado por un destino que lo va encaminando hacia su futuro. Por esto la novela se presenta también como una novela autobiográfica. Como aclara el mismo autor “el desarrollo viene a ser el resultado de todo un conjunto de condiciones de vida fluctuantes y de acontecimientos varios, de las acciones y del trabajo. Se está creando el destino humano, y a la vez se está forjando al hombre mismo y su carácter.” (2008:210).

Retomando el tema anterior, hay dos voces, dos narradores. En el texto principal la voz de Stefano aparece relegada a un segundo plano y la voz, desconocida y omnisciente, hace al cuerpo del texto. Entonces estos pequeños pasajes con la estructura, con las figuras y la musicalidad propia de la poesía, sirven para que este personaje asuma el rol de narrador de su vida pero a su vez para traer al presente del relato (aquel que además está contado en tiempo presente del modo indicativo)

³ Bajtín, Mijáil Mijálovich (2008). *Estética de la creación verbal*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores S.A.

fragmentos y voces de su pasado. Una voz que cuenta con detalle la partida, el viaje a América, el naufragio, los primeros amores, los trabajos, los lazos que se van formando con la gente, con la tierra. Otra voz abriendo un espacio más íntimo del yo, un espacio desconocido para el otro narrador, un lugar donde Stefano extiende su mano y ofrece su corazón, desconsoladamente.

Estos fragmentos tienen además otra característica: como la poesía rompen con la linealidad sintagmática. Esto se puede ver por la disposición de las palabras en la hoja. Hay un trabajo con lo visual y con lo gráfico. Esto no significa que en el texto, al que podemos llamar principal, no exista el uso de los recursos poéticos. Pero hay una clara diferencia entre estos dos tipos de textualidades y esa diferencia tiene que ver con la semantización de la especialidad, con el uso de la hoja en blanco y con la disposición gráfica de las palabras. Un gran espacio blanco, abierto, donde guardar palabras un poco más codificadas para que el lector se entretenga resolviendo el enigma y completando su sentido.

Cambiando un poco de tema, al leer *Stefano* surgió en mí el recuerdo de la carta de la Maga a Rocamadur. En esta Julio Cortázar hace que su mágico personaje repita constantemente, para acercarlo porque sabe que estará para siempre ausente, el nombre de su hijito muerto. Cada vez que este capítulo de *Rayuela* se lee (o se escucha en la voz de Cortázar) es imposible no llorar a toda nostalgia, no empaparse de dolor mojado como un saquito de té. En la novela que nos convoca Ema está viva, más viva que nunca porque carga en ella otra vida. Stefano comparte con ella el recuerdo de su madre. En su narración repite constantemente el nombre de Ema. Esta repetición, esta apelación al receptor (común en la lengua oral) es un sostén, él puede seguir contando porque ella está del otro lado, escuchando, dándole fuerza para desahogarse con esas aguas del pasado que mojan el presente. Como escribe Andruetto en algún fragmento de su libro de ensayos titulado *Hacia una literatura sin adjetivos*⁴, el contar una anécdota que se lleva hondamente escondida en el recuerdo o el leer algo que nos identifica con algún profundo dolor, puede aliviarnos como una suerte de bálsamo: “nos gustaba llorar por tristezas de cuento” (Kodak, p. 45).

También apareció en mi mente el recuerdo de Rulfo y de su obra *Pedro Páramo*. Porque el pasado acecha en la memoria de Stefano, es un fantasma, precisamente el fantasma de su madre. Rulfo concibe a Comala como una especie de

⁴ Andruetto, María Teresa (2009). *Hacia una literatura sin adjetivos*, Córdoba, Comunicarte.

purgatorio. Un lugar habitado por ánimas que curan sus pecados o intentan resolver trabajos irresolutos en su vida de hombres. Persiguen a los vivos reclamando ser rezados para expiar sus pecados y alcanzar el perdón divino. Pero María Teresa Andruetto puede estar sugiriendo que esos fantasmas no son entidades sobrenaturales sino algo concreto: recuerdos que nos acechan. La memoria aparece como indagación del pasado, como recuerdo que alumbra las raíces y como forma de resolver otro tipo de cuestiones irresolutas. Por eso la madre de Stefano vuelve memoria, vuelve fantasma: para que el hijo no olvide. Él mismo no quiere olvidarla, por eso la trae siempre, para que haya una conciliación entre el presente y el pasado y la vida pueda seguir su curso. La trascendencia o la resurrección, tiene que ver con esto. Nuestra descendencia contará nuestra historia, haciéndonos un poco inmortales, haciendo que quede de nosotros la huella que queremos dejar para no ser olvidado, una gran nada.

Volviendo a la distribución estructural de estos pasajes poéticos de la novela *Stefano*, podemos ver que en algunos casos aparecen unidos semánticamente al texto principal por palabras que se repiten y se convocan.

“Duele recordar los ojos que tenía cuando dijo que no.

Abre los ojos. Está en el agua, con la boca tocando la salmuera. Tarda en subirle la conciencia, en comprender que flota.” (2008:24)

En la cita los ojos que se mencionan en la primera línea son los de Agnese. Pero en la segunda son los de Stefano. Éste se despierta luego del naufragio y del recuerdo y en ese instante etéreo ambos ojos, ambas miradas, se cruzan pero aún no se reconocen: “y ella vuelve a mirarme con los ojos de piedra” (2008:24). Más tarde al final de la novela Stefano se concilia con su madre y con su vida, Stefano encuentra su hogar y puede decir:

“Ahora que tendremos un hijo y repasamos la vida para seguirla juntos, comprendo a mi madre, sus palabras.

Todo el camino me siguió diciendo lo que allá decía, golpeándome la memoria como el agua...

Siempre la soñaba lejos, parada en la puerta de nuestra casa, con la mano en alto; pero anoche, Ema, ¿lo crearás?, soñé que llegaba a nosotros y me abrazaba.” (2008:88)

Podemos imaginar qué otra idea podría estar uniendo estos pasajes. Cuando Stefano cuenta la despedida -imagen que lo persigue en sueños con la forma de una

mujer inmóvil al lado del camino, saludando con una mano que se hace cada vez más pequeña- destaca el ruego de ella, su madre, que imploraba que no se fuera. Luego, a lo largo de su vida, otras mujeres pedirán por lo mismo pero él seguirá firme en su decisión de partir. Una y otra vez elegirá el camino y esa mano que se achica en la distancia hasta ser más pequeña que la lágrima que raspa, salada, su mejilla. Y siempre su madre reprochará esa partida hasta que finalmente Stefano, siguiendo el último rastro de Agnese, encuentra el camino de vuelta a casa y se queda, junto al fuego para contar su historia a Ema, que lo escucha y le da el calor y el alimento que tanto añoró. Pero hasta que esta paz o reparo pueda darse, nuestro personaje será acechado por fantasmas. Una clase de fantasmas que quieren ser escuchados. Un encantamiento que se rompe al ser repetido, enfrentado. Quizá un poco por eso la figura de la repetición en Andruetto y también por eso la escritura como memoria del recuerdo. Hay en esta escritora una búsqueda constante en su pasado, en el pasado de su pasado, en el pasado de su padre y de sus abuelos, en el de la lengua y, principalmente, del habla de estos recuerdos, hechos de personas y de la precariedad del momento.

Al leer *Hacia una literatura sin adjetivos* (2008) me quedó fotografiado en la mente un pasaje donde Andruetto cuenta su camino como lectora. Allí confiesa que un profesor suyo de inglés, en ocasión de una primer clase, le habría dicho, luego de mostrarle un caleidoscopio, “lo que se ve por acá no vuelve a repetirse”. Ella usa esta anécdota en relación a cómo puede cambiar un libro luego de varias lecturas, pero sirve también para echar luz sobre su búsqueda en el pasado. El recuerdo al cabo de los años resultaría algo así como un rompecabezas y el pasado sería como vagos recuerdos fotografiados en la memoria. Pero el tiempo deshace el papel, decolora la imagen y quedan vaguedades y tal vez algo apenas enfocado que puede echar luz de candela, a través de unos ojos que miran pacientes, cómo reconstruir la imagen que va cambiando. Esta idea no solo está en *Stefano* sino en los libros de poemas *Pavese* (1997) y *Kodak*. Allí Andruetto nos ofrece instantáneas de su pasado, que puede ser el pasado de muchos porque “escribe con plenitud acerca de esas cosas pequeñas que nos suceden a todos” (Pavese p. 23). Allí también reconstruye la vida de un italiano llamado Pavese, la historia de su padre, y la de su familia. En algunos de estos poemas se nota en la materialidad de la escritura que los recuerdos pueden ser como brumas. Esto se ve por ejemplo con el uso del futuro perfecto: “habrá sido de vidrio el aire, como esta tarde” (Kodak, p. 37). O con el pronombre indefinido *algo* y el adverbio *quizás* así utilizado: “Después algo (quizás el viento) sonó allá afuera...” (2001:38). Pero aunque en esa

búsqueda el pasado se transforme o se desdibuje, también se fija. El tiempo de golpe es suspendido desde sus agujas implacables para ser estudiado, observado con detenimiento, pudiendo ser tomado por la cola antes de que se escape para siempre. Esto es lo que tal vez busca Andruetto y también Stefano, uno de sus más bellos personajes: ella mediante la escritura y él a través del relato oral. En este trabajo se puede ver, como explica la autora, un homenaje a su padre. En el capítulo *Las derivas de mi castellano*, del libro de crítica antes mencionado, la escritora narra que su padre pudo aprender el castellano en el barco que lo llevaba a nuestras costas a partir de un simple diccionario de tapas rojas. Adquirió un perfecto español y no quiso, orgulloso, que sus hijas ni su mujer conocieran su lengua madre, para que no desconocieran la de la tierra que les había dado cobijo. Por eso en el mismo capítulo Andruetto cuenta que su trabajo con la escritura fue el resultado de una búsqueda para generar un fuerte vínculo con la lengua castellana, inspirado en el mandato paterno de aprender bien nuestro idioma.

Por eso leer a esta escritora nos refuerza la idea de la escritura como un viaje. Por eso el tema del viaje desde la antigüedad es siempre tan bienvenido en la lectura. Por eso subirnos a un libro es viajar por el cielo de la escritura, por sus abismos, por aquellos sueños locos, imposibles, por recuerdos inexistentes y por recuerdos que son carne de fruta abierta en la boca. Por eso la imaginación será siempre más fuerte que cualquier imagen. Por eso estamos hoy aquí reunidos: porque nos embarcamos en un mismo viaje, aunque fuese recorrido por disímiles caminos.

Nicolás Adrián Pazos

Bibliografía:

- Andruetto, María Teresa (2004). *Stefano*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Andruetto, María Teresa (2008). *Pavese/Kodak*, Buenos Aires, Ediciones del Dock.
- Andruetto, María Teresa (2009). *Hacia una literatura sin adjetivos*, Córdoba, Comunicarte.
- Arpes, Marcela y Ricaud, Nora (2008). *Literatura infantil argentina. Infancia, política y mercado en la constitución de un género masivo*, Buenos Aires, La Crujía.
- Bajtín, Mijáil Mijálovich (2008). *Estética de la creación verbal*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores S.A.